

18 de enero 2018

Los migrantes y refugiados merecen respeto y justicia

Gustavo Moharⁱ

El movimiento de personas a distintos territorios de donde son originarios ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad. Es la migración de hombres y mujeres la que en buena medida ha dado origen al surgimiento, desarrollo y desaparición de civilizaciones en nuestro planeta.

Hoy, este fascinante, complejo, y con frecuencia dramático fenómeno social, ocupa un lugar prioritario en la agenda global. Nunca tantas personas habían vivido fuera de sus países de origen, según las Naciones Unidas en 2016 había 65.6 millones de refugiados, “en ese año 20 personas por minuto se vieron obligadas a huir de sus hogares...”. Cada uno de ellos escaparon de la violencia, de la persecución o represión política, de la discriminación por sus preferencias sexuales, por sus credos religiosos.

Por su lado, en 2015 se contabilizaron cerca de 224 millones de migrantes, 40% más que sólo cinco años antes; impulsados por la miseria, la falta de oportunidades y mejorías para ellos o sus familias, estas personas buscan en otros países lo que los suyos no les dan.

El mundo ha visto con sorpresa, indignación y dolor terribles imágenes de cadáveres de niños arrojados por el mar a las playas italianas, mujeres aterrorizadas en frágiles lanchas saturadas a punto de perecer ahogadas, menores de 10 años que viajan solos por miles de kilómetros en búsqueda de sus padres. Conmueven los campamentos donde viven hacinados cientos de miles de personas en zonas áridas, en precarias tiendas de campaña, con el mínimo de alimentación y precarias condiciones de sanidad.

El tema ha puesto en riesgo la continuidad del proceso integracionista en la Unión Europea por la salida del Gran Bretaña; fortaleció a grupos identificados con el nazismo en Alemania, desató sentimientos anti migrantes con profunda y exacerbada visión restriccionista y excluyente en Austria, Polonia, Turquía y Holanda.

Donald J. Trump fue electo en gran medida por su discurso chovinista y anti migrante; en especial contra los mexicanos, a quienes estigmatizó como delincuentes y violadores. El daño que su retórica ha causado tardará tiempo en subsanar, echó por tierra el lento y difícil proceso de acercamiento, construcción de confianza mutua que se había logrado entre ambos países.

¿Cómo explicar esta enorme tragedia? ¿Qué deben hacer los países dónde buscan llegar estas masas pobres y desesperadas? ¿Qué hacer para que sus países de origen los puedan retener y ofrecer una vida digna?

No hay respuestas fáciles ni simples, pero es una gran injusticia estigmatizar a esta población como un peligro a la seguridad, la identidad nacional y hasta la soberanía. Tampoco es correcto plantear que hay una obligación de recibirlos de manera indiscriminada. Ninguna sociedad, por desarrollada que sea, resiste la llegada de extranjeros en grandes cantidades sin despertar miedos y rechazos.

Las autoridades y la sociedad mexicana debemos entender esto. Somos un país con una larga historia de migración y de asilo. Nuestra ubicación geográfica nos determina en muchos sentidos y por ello más de once millones de paisanos viven hoy en Estados Unidos. También por eso cientos de miles de centroamericanos cruzan nuestro territorio para alcanzar la frontera norte y reunirse con sus familias. Acogimos con generosidad decenas de miles de asilados de Guatemala, Chile, Uruguay, Argentina, España.

Más allá de la inhumanidad del presidente Trump, la salida al norte ha dejado de ser la gran válvula de escape para nuestra gente, Centro América está en riesgo de implosión política y de seguridad, por ende, es muy probable nos convirtiremos en receptores de importantes flujos de migrantes y peticionarios de asilo huyendo de esa región. Hasta hoy, nunca

hemos tenido con nosotros más del 1% de extranjeros del total de la población que vive en México.

Por ello, debemos mirar hacia dentro, trabajar para retener a nuestra gente, recibir a los que regresen, ser justos y generosos con los que pidan trabajo o protección, y estimular a que vengan los que aporten experiencia y talento.

Nos debemos abrir al mundo, aprender a convivir con una mezcla de razas, creencias, ideologías, culturas y disfrutar las bondades que traen consigo. Las sociedades que reciben nacionales de otros países prosperan en términos económicos, desarrollan valores de convivencia, respeto a los demás y amplitud de su entendimiento del ser humano. Se derriban prejuicios, temores falsos basados en la ignorancia propia de quien no conoce a los que “son diferentes”.

¹ Ex Subsecretario de Migración, Población y Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación